

# Insaciables Rumores

daniel bernardo grimberg

Image not found.

# Capítulo 1

Insaciables Rumores (por Daniel Bernardo Grimberg)

En las amplias noches no he encontrado las figuras que en sueños resplandecen.

Y las pasé fijando mis ojos en el incierto volumen de aguas, elucubrando suposiciones de máximo rigor y dando una casual intervención a grandes filosofías.

(Aquellas que entroncan experiencias personales con juicios reflexivos).

Con la idea de arribar a una determinada configuración del arte, de las finanzas, o de las melodías incisivas del lenguaje.

Elevaba mi vista en ese horizonte ondulado para suponer que adquiriría un estado puro de conocimiento.

Sin abandonarme a lo múltiple que jamás cesaría de existir.

Lo que el tiempo consumía y era la alegoría de un destino tortuoso.

Me quedaba hasta las cuatro de la madrugada, cuándo el aire aún estaba lleno con granos de oscuridad a punto de desintegrarse.

Y alguna que otra persona caminaba por la orilla para recrear su vida de acuerdo a lo que esta había sido antes de la noche.

Después de esas pequeñas recreaciones de la muerte:

Los sueños con sus caracteres espectrales e irresueltos.

La figura que había sido desvanecida por esos eventos, tenazmente volvía a salir:

A celebrar el crecimiento del sol en ese día.

A escuchar los sonidos de la naturaleza y volver a comprender que estaba

vivo.

De Valeria diré que desde hace algunos años convivo con ella como un hombre decente que es más versado que cualquiera, tiene una religión secreta y un carácter que no es contemporáneo.

Y que he sido abrumado por su indecisión:

Por las paradojas en que diariamente se perdía

(La abrumadora insistencia del tiempo me obliga a hacer esta reflexión a pesar de mi proyección mística):

Ella se convirtió en la ama y señora diurna de mi casa, aunque se oponía con vehemencia a mis tranquilas lógicas.

Discutía mi precedencia y jerarquía.

Y publicitaba a mis desaciertos que para ella eran un contraste a su laboriosa visión.

Hablaba que había sido traicionada por algo luctuoso que no fue excepcional.

También de su tristeza crónica y de una catástrofe inminente.

Digo que soy uno que no ha sudado jamás.

Nunca fui hipocondriaco.

Y tuve abundantes paciencias aún durante esas indefinidas situaciones.

He escuchado a Valeria en forma rutinaria, con mi mano acomodada en mi mentón en el acto de pensar.

Pero mi imperioso origen me lleva a tomar con indiferencia aquellos subrepticio que llega a mi conocimiento.

Noticias intrascendentes que no tiene arraigo en el fluir histórico.

Únicamente siento admiración por aquello que no puedo nombrarse ni aludirse, ni entra en el orden cronológico ni en las idiosincrasias naturales.

Lo que nunca fue pensado por lo que no padece de discontinuidad ni fragmentación.

Lo que nadie puede ofrecer una explicación exacta porque se tratan de conceptos desparramados por el azar.

Digo que mi nombre y fortuna no responden a los paradigmas normales.

Tal vez formó parte de lo muy opulento que tiene la ocultación.

Pero esa es autónoma memoria.

Tal vez debo lentificar la irrupción de esta revelación para que todo siga con sus cíclicos movimientos en círculos.

Y la estrategia de la rutina siga desembocando en la muerte.

Fallecer es dejar de comprender.

Pero principalmente es dejar de observar los cuantiosos dilemas que nunca se comprenderían.

Y le pido al lector que preste mucha atención, y acalle aquello que produjera ruidos a sus alrededores.

Que acepte que desconoce casi todo y que se resigne a eso.

La primera etapa de mi escritura estará marcada por mis intentos de establecer algunas indispensables conexiones.

Y de mirar de manera genérica al mundo en el que sin ingenuidad formó parte.

Estoy, no muto.

Pero me siento a especular con cada cosa que sucede en lo inmediato.

Y me dispongo a aportar mi granito de arena que quedará a la vista de los demás.

Más allá de aquello que puebla mi imaginación.

Por supuesto que los hechos aquí descritos, poseyeron mayor nitidez a la que estas letras permiten:

Ya que lo que está vivo y en movimiento, es muy diferente de lo que se queda atrás y aquietado por las corrientes inmóviles de la escritura.

Por otra parte, el lenguaje que se ha petrificado no corre el riesgo en

convertirse en lamentos

Y si no hay un lector que complemente los hacendosos cuidados que el autor hace en solitario, la única conclusión que se adecuaría es que este no tendría sentido.

La escritura carece de precisión, pero es la forma más antigua de comunicar los pensamientos.

Es una encarnizada fidelidad a las cosas que alguna vez fueron, aunque ya no se las viera de la misma forma.

Es la fórmula que existe para dar un marco físico al lenguaje, de manera similar a lo que este hace con la conciencia.

Leer también es situarse en un idílico sillón bien lejos de quejumbrosos sonidos.

Es ocupar un ámbito más amplio, aunque la vista tenga que chocar primero con las ensimismadas hojas y después con las paredes y cortinas.

Pero oíd los que no prefieren hacerse perezosos:

“Vale más hacer que arrepentirse, a no hacer y arrepentirse...”

Eso dijo un buen amigo mío en un siglo que se superpuso a los posteriores.

En un tiempo de arduos socavamientos a las bases religiosas.

En este alto de un monte cerca de Punta del Este, se alza mi casa, que al principio fue una estrategia de tesón y luego se acomodó a la hostilidad.

(Ambas emociones se rigen por el mismo principio que sin hacer inútiles consultas sé que está basado en la excitación).

Mi mujer ha sospechado de mi omnipotencia y a la vez me atribuyó ser un sujeto desvalido.

Sufrió un extravío por el desengañado mundo de lo simbólico.

Hizo un cuestionamiento al modelo subyacente de mi obrar al que después le negó certeza.

Hizo ese contraste con mucha determinación diciendo que tenía evidencias

incontrovertibles que no me otorgaban validez en nada.

Me cansó con esos relegamientos y las inmisericordias sentimentales que surgieron al verter tales irreales palabras.

Lo único que quedó fue su imperativa postura y su presupuesto teórico que era reñirme.

Acostumbro a hacer viajes regulares entre Buenos Aires y Montevideo sin hacer grandes preguntas ni ceremonias.

No es una coincidencia que yo me enlace con esas dos ciudades que son los puntuales puntos en los que hago mis negocios.

Y mi casa es el refulgente sitio que es reconocido unánimemente por las gaviotas que sobrevuelan al océano como si fueran sus dueñas.

Aquí es donde me asiento, confiado en renovar mis esperanzas.

Y aquí tuve que recurrir a una mediación de la más extraña índole para ponerle un límite a la odiosa confrontación.

(Porque la dirección crítica que ha tomado el mundo ha reforzado mi celo).

Valeria estableció contrastes dentro de ese marco de sosiego, ya que desapacibles cosas le habían sido advertidas por Agustina Melinn durante conversaciones que tronaron como cometas que en sus momentáneos vuelos ensordecieron al orden de los astros.

Se apropiaron de imágenes ridículas de un pasado que si no tendería a ser intemporal.

Eran cuestiones que no tenía fundamentación ni autenticidad, pero le defendían con una ferocidad absurda.

Así poco a poco Valeria perdió las proporciones que debía mantener una dama que mantiene con candor a su refinamiento.

Dejó de articular al presente por querer hacer justicia de algo fugitivo

Por ese apego al ayer, su accionar me pareció un conjunto de continuos disparates.

Agustina se consideraba erudita en asuntos hogareños.

Y le postuló escatológicas sentencias cómo si fuera un ángel justiciero.

Aunque se asemejó más bien a las moscas de la fruta que lentamente carcomen las manzanas arrojadas en las anchas cajas de cartón.

Se había interpretado como un personaje inaugural en la conciencia de Valeria:

Tenía ideas exterminadoras, pero era persuasiva y dinámica.

A todo lo que su mente revisaba, lo llenaba con calamidades.

Y decidió que Valeria había adquirido un alarmante estatus:

Se había convertido en lo opuesto de lo que habría deseado ser.

Se fragmentó por atender mis nobles aspiraciones a la que ella llamó curiosos caprichos.

Me tomó examen y cuchicheando con ella me atacó... cosa que yo tomé como algo inédito.

Una indignidad que no merecía nombrarse.

Leyó mi vida y la invitó a entender a mis aspectos más desusados como manías horribles.

Y no soslayó prejuicios durante esas lamentables invocaciones en las que se exhibió con la impertinente naturaleza de los entrometidos.

Esa mujer condenada al fracaso íntimo quería que quienes estuvieran cerca suyo adquirieran su misma tristeza.

Y con sus diálogos confabuladores y oblicuos me atrajo consecuencias inexplicables.

Había planteado al más grave problema de la lógica: la contradicción.

E hizo que Valeria me interpusiera severas demandas con una compulsión que yo desconocía.

Me amenazó con una tensión irresuelta en el futuro.

Y siguiendo los cuentos de esa indeseable mi mujer me pidió que me sacara la máscara.

Para brindarle explicaciones acerca de mi identidad.

Esas ráfagas de siniestras palabras impuestos por la Melnn intentaron cambiar a mis pacíficos hábitos.

En un minuto peligró mi soberanía:

Lo que había propugnado desde siempre.

La condición con que alguna vez mi testa fue coronada.

Y podrían crear una injusticia de las que hasta entonces nada se supo.

(Durante mis incursiones por la historia nunca divise a alguno que diera testimonio de tal desfachatez).

En el cansador año del 2017 pasó aquello, o al menos reconozco que fue así... porque los años ya no guardan parentescos con mi forma de ver las cosas:

Ya no me desbordan con alguna propuesta excepcional.

A veces me digo que sería necesario detenerme en alguna parte... pero no encuentro cual es la frontera ideal.

Ya que, aunque emitiera aire entre la lengua y los dientes, el sonido que se produjera nunca restauraría al orden.

Por el contrario: fomentaría una mayor vacilación.

Personalmente consideró que el tiempo no me restringe:

A lo sumo lo puedo entender como una proclama poética.

Decidí retornar a mis eventos en Buenos Aires:

Cobrar buenas usuras, destruir la tranquilidad de la gente perezosa con mis ampulosas maniobras financieras y la convicción que mis cálculos siempre serán ineludibles.

Exaltar a mi voluntad secular por la cual no tenía necesidad de realizar buenas obras.

Porque con sinceridad identifico diariamente a la preeminencia de los números.

Por supuesto que suelo dejar algunas rendijas de esperanza, ya que no es

conveniente ser muy mezquino.

Soy magnánimo cuando mis meditaciones me aportan una ligera melancolía.

La sabiduría es hacer gestos de paz y repartir vocablos bondadosos... pero mi vocación es incluir contundentes cifras en los contratos para mantener con claridad a mi imperio.

Y lo superficial de la actualidad no ha alterado en un ápice a mi visión del mundo.

Soy el mismo ser que alguna vez se incrustó en esta tierra en que lo disperso se confunde con lo uniforme.

Nunca me alejé de sus principios constitutivos a pesar de los imparables marcos de la heterogeneidad.

No reniego de mi ambición, ni gimo por tener privilegios.

Lo único que pretendo es pasar largos períodos despreocupado recordando los antiguos mitos que se fueron entresacando del momento en que nací.

Y cuyas insinuaciones más severas y tajantes eran negar el respeto a la muerte.

(A pesar de que esa idea fuera combatida tanto por los herederos como los albaceas, de los que caían muertos).

De todas formas: en cualquiera de mis actividades realizo abstracciones frías y no soportó críticas a mi moral.

Soy un hombre liberado de todos los tabúes.

Uno que ha diseñado un recorrido que no se identifica con el de los otros.

Destinaré parte de mi tiempo a crear ésta metáfora... pero que nadie deduzca de ésta un galardón:

Es sólo un comprensible resumen que brindó a los lectores con la condición de no ser molestado.

Las sutilezas de mi lenguaje, o mi mordacidad y erudición, servirán como garantía de la racionalidad de esta prédica.

Tal vez tenga un ligero sabor fantástico, pero es en absoluto real y me satisface ampliamente revelarla ya que quiero que un selecto número de

personas aplauda a la pureza de mi causa.

Y el porqué de la impermeabilidad que presento frente a tantas críticas.

Marx escribió:

"Si amas sin inspirar amor a cambio, o sea si no eres capaz de manifestarte como persona amante, de volverte una persona amada, entonces tu amor es impotente y desgraciado..."

Es lícito entender por qué el viejo refunfuñón nunca emprendió una labor poética.

Y se dedicó a parlotear acerca de rentas supernumerarias y plusvalías.

Pero cuán frágiles son las mujeres que a todas sus inferencias las basan en crudas pasiones.

Y no son capaces de aceptar a lo circunstancial con sencillez y sin tirar dardos verbales.

Para ellas aquello que cobra sentido sólo se encuentra en las apariencias.

Cometen los mismos errores y se confunden más después de cada repetición.

Desdeñan a la categoría del silencio.

Y parlotean como si el lenguaje fuera una religión que les provee una holgada paz.

Y permanentemente se autorizan a alterar sus rumbos de acuerdo a difamaciones vagas.

Y si se enfurecen, a los hombres los envuelven como si fueran boas constrictoras que no cesan hasta roerle los huesos.

Mi nombre es Basilio Parasea, y no soy de éste siglo.

Lo afirmo como un vencedor de los mitos que se considera alguien puro.

Es que siempre me he adelantado al sueño, y a esa poesía de desintegrados palacios que es la muerte.

No abogó por un tenebroso equívoco:

Tengo más de cuatro mil años.

Y he sido amigo de Nabucodonosor en la vieja Babilonia.

A quien nunca he confrontado, sino que le di consejos fundamentales para que conserve al poder.

Hemos caminado por calles que contenían memorias de populosas matanzas.

En estas se habían impuesto los más duros preceptos de la espada, pero también descendían las palomas que con las bellezas de sus vuelos creaban una esperanza precatoria.

Cómo visitante me ha recibido en su palacio.

Me agasajó de una manera muy amplia:

Me dio vino y mujeres, y también manifestó su idea de encarcelarme como esencial contraposición al caso hipotético de que yo fuera un traidor o un cobarde.

Fui cuidadosamente monitoreado:

Era un extranjero que generaba atención y asombro porque venía de una región distante y distinta.

Por supuesto que, gracias a mí, ese monarca obtuvo informes precisos acerca de sus enemigos.

Y le entregue brillantes ideas para hacer las conquistas que quería.

Fijé las relaciones entre lo visible y lo invisible, sin dobleces y con profundidad.

(En esos días el arquetipo del guerrero era un hombre insatisfecho consigo mismo que en pocos días de batalla quería capturar a lo universal y eterno).

Y fue tal su gratitud que talló a mi nombre en uno de los muros de sus palacios.

Me explicó que quería recordarme cada vez que pasaba por ahí.

Y no toleraría a indeliberados deslizamientos de su memoria.

A lo largo de los siglos he encontrado ciertas afinidades con ese hombre que pese a su brutalidad por momentos reunió las ínsitas flexibilidades de

un filósofo.

Hacia un juego de avances y retrocesos para que se dieran las transformaciones que requería y no las deformaciones que le ocasionaban pánico

Murió en el éxtasis de su gloria como un cerdo:

Porque como éste cuanto más se hundió en el lodo mayor terquedad tuvo.

Involucrado en otra empresa ambiciosa cayó en una campaña.

Y nadie hizo caso de los dos ríos que con su caída se formaron: uno de lágrimas y el otro sangre.

Estos, cómo el Éufrates y el Tigris jamás se cruzaron.

Fue una muerte sin premoniciones discursivas.

Y una fundación ya que abrieron los campos del mundo a otros saberes y experiencias.

No se sorprenda el lector al saber esto:

Hay hombres aún más viejos que yo, quienes refutan la idea u obligación de morir.

Se hacen pasar por amigos, recopiladores de historias o gente que prolifera en prólogos.

Estos no desagotan a sus sangres con los siglos y aborrecen a la predilección del tiempo por lo transitorio.

Pero si se les menciona algo así se ponen nerviosos como si hubieran entrado en una zona de entredichos.

Niegan que sus existencias se elevan por encima de los demás.

No aceptan a los relatos literales.

Y desconocen las intercepciones que se les hace para que se muestren como son y miren sin irrisión a la realidad.

No se sinceran para decir que no cargan con una vida efímera y fragmentada.

O que tienen ocultos intereses que los demás no son capaces de discernir.

A un núcleo radiante de conocimientos que los simples consignarían como una excentricidad.

Se multiplican en vastas culturas, pero no tienen un suelo específico en el que caer muertos.

Por lo que habitan en lo escindido y diversificado.

Y se sienten cómodos en lo atemporal.

Sus cuerpos jamás fueron refundidos por nefastos acontecimientos biológicos, sino que los van reconstruyendo de acuerdo a sus comienzos simples:

Hacen caso omiso a cualquier reclamo que viniera de las enfermedades.

Descartes no le dio preeminencia a la muerte.

Él se constriñó al uso de la palabra "pensar", que debía producir más vértigo que aquella utilizada para explicar la ruina de una persona.

Pensar tira una línea al presente sin necesidad de hacer una penosa búsqueda de salvajes mitologías

Pensar quita la máscara de la mortalidad para crear la conciencia que uno siempre se proyectará sobre las sombras.

La vida es la convulsiva repetición que los inmortales reivindicamos.

Es el tiempo que es rehabilitado por otros tiempos que son bóvedas que más que repuestas son liberadas.

Queremos que los contornos y contextos se multipliquen.

Que el aire siempre choque a nuestras caras.

Y poner nuestras miradas en la única vigilia valiosa:

La de la eternidad.

También tuve ocasión de hablar con Pascal y le di admoniciones que empleó en su obra.

Le dije que no se distraiga con inciertas consignas, y que en la continuidad

y repetición también había una novedad.

Gracias a mi ayuda, pronto estuvo en condiciones de mejorar sus tratados filosóficos.

Pero tuve que irme por un camino en que la media luna en el cielo fue mi excluyente compañía, a países que ya me son difíciles de evocar y estaban en las otras orillas del Mediterráneo.

Esos rumbos se me abrieron armónicos sin que hubiera de mi parte impostación o apostasía.

Estrictamente hablando he sido un trabajador de la palabra, y jamás un plebeyo anónimo que se mezcló con la turba.

Y por un cierto período he tenido una casa estable en el Marruecos sahariano sin dar medias explicaciones a nadie acerca de mis orígenes.

Aquí he establecido un balance crítico entre los hombres que me vieron como un juez capaz de resolver a los prioritarios aspectos de las convivencias.

He aplicado la reflexión más allá de las funciones místicas o mágicas del lenguaje.

Por eso:

A pesar de las altas cumbres intelectuales por las que he transitado durante mi ejemplar cronología, Valeria, dentro de esa retaguardia en la que siempre se colocaban las mujeres, me aseguró que nunca comprendió mis actividades ni los sublimes símbolos que estaban más allá de sus inocentes instintos.

Conjugaba en sí misma a errores que estaban lejos de ser involuntarios.

Fue como si con esa súbita demencia se consolaba a la vez que condicionaba ácidamente a mi existir.

Según su comunicación oblicua e indirecta no sabía en qué dimensión establecerme.

Me dije que querría una restitución de sus placeres domésticos.

Y que tenía miedo que me alejara mucho tiempo de casa.

Sólo hacía una amalgama fantasiosa de la realidad.

O me planteaba sus absurdas metáforas para lograr una restitución del equilibrio:

Un orden del que no conocía cuándo había sido violado impunemente.

Ella se basaba en lo que se encontraba en el espectro social.

Para delinear en mí un cambio sin temer desencadenar una ruptura.

Yo nunca he tomado parte de sus ilusiones.

Y cómo lo he observado todo ya no puedo equivocarme.

He pagado el precio de no morir que es el de conocer todos los artificios.

Y no imitó a nadie: mi obra se plasma en mi singularidad.

Nunca se agotará mi sabiduría.

Y mi entorno debería saberlo a través de la intuición:

Esta es una alternativa incidental que se tiene sobre la ignorancia.

Desgraciadamente, en una caótica forma ella calificó mi alto coeficiente intelectual como una desdicha.

(Eso fue algo tan inadmisible como un oráculo que entregara falsas comunicaciones de los dioses).

Con lágrimas se dio al trabajo de arruinarme la vida.

Puso sus énfasis en cosas de poca importancia.

Aquello me resultó el infierno con sus circulares fuegos que hacen enfermizas contorsiones.

El escucharla hablar de sus estúpidos unicornios me alienaba.

No definía con precisión al universo y aquello poco que decía no tenía características relevantes.

Sus códigos no tenían paralelos con mis verdaderos relatos.

No me apronté a dirimir con Valeria:

Nunca me sentí preordinado para hablar en voz alta o utilizar gritos para

enderezar a una relación.

Me es completamente extraño discutir ya que no lo considero compatible con las actividades puras del alma.

No es una forma adecuada de demostrar al otro el talante uniforme de sus pensamientos, sino un signo de debilidad.

Porque no se trata de dominar al otro (aunque en términos generales se considerase lo más pragmático el hacerlo):

Los grandes concilios papales jamás fueron degradados por acrimonias verbales.

Y nunca carecieron del talento de manipular sabiamente a las masas.

El silencio nunca fue una retirada ni entrar en un quietismo irreversible.

Por el contrario, fue delinear con la mayor potencia a muy sensibles interpretaciones.

Vivo en esta casa que está sobre las maravillas combinadas del mar y el campo.

Se sitúa en una colina alejada de la contaminación, donde los vientos son agradables insuflaciones salinas y el sol es el dueño del horizonte azulado.

Observó a los extensos extremos del mar hasta donde llega mi visión:

No hay perturbaciones, ni problemas o cosas dignas de temer.

Sólo el inmenso océano que jamás se distrajo por mi voz.

Digo que detesto las discordias y las vulgaridades que originan las convivencias.

Ya que estas responden a la vocación de la mortalidad:

Son vaivenes acordes a la circulación de la vida.

La violencia es lo que acaba con el plano de las argumentaciones.

Y esta no requiere que haya ruidos o escombros:

Le basta una conjunción de abrumadores matices.

En los momentos de la cena, Valeria gastaba valiosos minutos en distribuir reproches.

Seguía sacando de la galera a dificultades de acuerdo a sus libres y enfadados modos.

## II

En Maldonado, un día contraté a uno llamado Guillermo Torquemada como sirviente.

A menudo las cenizas inundaban los aires, y requería que alguien se enfrente con los confines mugrientos para que no se acumule basura.

Cerca de un monasterio se había tornado visible frente a mi mirada como si hubiera esperado siglos en escuchar mi voz y evaluar lo que yo le diría dentro del mismo plano.

Era un hombre condenado a la mera repetición de tareas manuales cuya sana pretensión era la de condicionar en el mundo a una mejoría.

Y crear los aseos necesarios para mantener una pureza proporcional a los eminentes tiempos que se venían.

No lo incorporé a mi casa con la idea que llevara a cabo una empresa heroica.

Quería que fundamentalmente la limpie con felicidad, no se emborrache, y repare a los objetos materiales dejándome así las manos libres para construir teorías.

Para establecer la profunda complejidad de lo que algún día sería aceptado.

Pretendí que en su personalidad no se hallase un ápice deshonesto.

Que su desempeño fuera reputado como grato sin que planteara conflictos latentes.

Guillermo no era forastero, y con sosegados modales aceptó de mi parte algunos contados arranques de autoritarismo.

Porque en mi disgusto me había centrado en el antagonismo entre la suciedad y la higiene.

Él había tomado con deleite esa oportunidad que le di.

Y miró a su alrededor como si enfrente suyo bailara por los aires un sol magnífico.

En seguida se dedicó a invertir las categorías que impone la desidia.

Y extendió una mirada penetrante con la intención de diferenciar los vidrios, los bronces y los plásticos.

Se había lanzado a sus tareas con un halo de objetividad y muy claros fundamentos.

Por un golpe de suerte había encontrado a ese beato que estaba dispuesto a cumplir con mi más amplia voluntad.

Y quien me aseguró que se asimilaría a mi historia que siempre fue en contra de lo paradójico y de la inmovilidad.

Por entonces no consideré que, en nuestro vínculo, a gran escala, estaríamos conectados por una gnosis impensable.

El hombre emprendió sus funciones con el vigor de un terremoto.

No tuve dudas que sus naturales cualidades lo impelerían a obrar el bien.

Era del todo irreprochable y se cansaría hasta no dar más, antes de que quedara una sola mota de polvo.

Guillermo Torquemada se trataba de un hombre muy serio que cumplía al dedillo mis órdenes como si las conociera de antemano.

A veces, y en tren de confidencias, reivindicaba épocas alejadas.

Cuestiones que se agolpaban entre los que navegaban al río de Heráclito.

Hacía exegesis muy pormenorizadas de hechos que sucedieron en sitios que no tenían una determinación geográfica apócrifa.

A las que prestaba mis oídos con un conmovedor asentimiento.

Luego limpiaba al lugar como si en éste hubiera sacrosantas cúpulas.

O como si hubiera vuelto de una guerra en la que estuvo a punto de morir.

No tomaba pausas en los atardeceres ni buscaba aliviarse del trabajo.

Gestaba aquello como un reto superior en el que estaban comprometidas

las mañosas fuerzas del universo.

Sabía muy bien que de mi bienestar dependía su ganancia y me contaba algunos mentirosos aspectos propios de las mujeres, que se remontaban a tiempos de la Roma Imperial.

Era un crítico de la batalla interpretativa del mundo que con regularidad hacían hombres y mujeres.

Me aseguró que cómo buen creyente que era, su anhelo más profundo era acabar con lo pecaminoso.

Y que no estaba ahí para establecer suposiciones sino para brindar pistas santas.

Y nunca daría incorrectos elogios a lo que habría que eliminar rápidamente.

Se subordinaba a la fe, ya que sin esta los aspectos que se concatenaban a su alrededor no valdrían nada.

Se había comprometido a actuar en contra de la profanidad que a menudo minaba la credibilidad en lo sagrado.

Enseguida comprendí que no lo podía valorar como un sirviente ya que en su misión contemplaba a plazos descomedidos.

Su ambición era la más pura dentro de un mundo que había girado en círculos viciosos.

Pronto concluí que era un enviado de Dios a mi persona que aplaudía a cada una de mis decisiones:

Alguien que mantenía un juicio cabal e imparcial.

Pronto se hizo para mí un hijo o un padre, y presentí que había algo que nos identificaba.

Lo supe en un crepúsculo cuando pasé mis dedos por una copa de cristal llena de un espumoso vino.

Mi intuición se basaba en que las cosas tendían a ocurrir con un furor asimétrico.

El hombre había llegado envalentonado a poner orden a un mundo que no entendía cuáles eran las hondas y complejas verdades.

Porque el pasado no se resolvería solo ni el futuro derivaría de acuerdo a lo que este había sido.

Desde esta colina de Punta del Este he convocado a los mejores de los hombres a atravesar los muros de mis jardines y descansar dentro de las sombras de mi morada, pero ninguno lo ha hecho.

Los he llamado haciéndoles descripciones verosímiles de lo que aquí encontrarían:

Las posibilidades del menú, las conversaciones eclécticas que se centrarían en lo singular junto a lo maravilloso.

Quise que me tomaran de ejemplo más allá de los fuertes préstamos que les entregaba.

Y los esperé con mil miradas que crecieron en donde están las metódicas columnas de mi pórtico, hasta que caí en la cuenta que nadie aparecería.

No hubo una sombra que fraguara a una persona, a pesar de que no había puesto obstáculos para que así pasara.

Prefirieron lo ilusorio o lo que tenía una condición vaga a venir a saludarme.

A la división sobre lo que no engendraba enemistades.

Esas frustradas expectativas me hicieron gruñir y preguntarme si no fui demasiado generoso en mis financiamientos.

Ese pequeño número de individuos ilustrados había sido incapaz de comprender mis deseos y propuestas.

O lisa y llanamente se habían burlado de mis buenas intenciones.

O no habían podido salir de sus usuales trayectos ni destruir los yugos de sus hábitos.

Yo no los odie ni los maldije, sino que deseé que fueran lo más felices que cualquier idiota podía llegar a ser.

Y que disfrutaran o padecieran al mundo dentro de un exilio que al final los desgarraría.

Como consecuencia del detrimento que me causó Agustina Melinn, Valeria me había dicho que se mantendrá a una distancia prudente de mí.

Me había expresado (con una exhortación) que he perdido de vista lo significativo, y hasta había dañado a sus anhelos íntimos.

Se sentía relegada

No tenía precisiones:

Gracias a la reflexión que le brindó su amiga se envolvió en vaguedades.

Habló de una elección que haría... aunque no logré entender a ese conjunto ambiguo de oraciones.

No sé si mencionó lejanía, ausencia, o fue una confusión que tuvo y cuyo desciframiento sería irrelevante.

Hizo una recopilación de quejas que para mí fueron meras variantes de su inestabilidad.

Me convirtió en un ejemplo de lo maligno.

Y metafóricamente me asignó las extravagantes cualidades de un batracio (voy a evitar dar más detalles de su imaginativo perorar).

Lamenté esa transición de palabras poco edificantes.

Yo la vi alta, bella, y respirando hondo consideré que esas afirmaciones apenas formalizaban las conjeturas que habían sido realizadas por su amiga.

A la que con sólo verla me causaba náuseas.

Me dije que ya se le pasará.

Y ese fortuito descrédito que me atribuía será reemplazado con un inquebrantable compromiso con mi empresa.

Y no le respondí porque mi mitológico ensimismamiento me impide considerar seriamente a tontos desmanes y atropellos.

Había hecho oídos sordos a sus dramáticos balbuceos tan trillados.

Creando monstruosos sonidos en contiguos ambientes, se encontraban Irene y Sebastián, vástagos anteriores de Valeria a quienes no les correspondería ningún principado.

Eran niños felices que no hacían juicios de los pasados históricos.

Y se contentaban con hacer honestos y animosos juegos.

Ellos distraían mi atención con sus reiterados gritos.

Dejé caer algunas breves proclamas para que se callasen, pero no me hicieron caso.

Sus deseos y opiniones eran los de niños.

Pero hacían repeticiones fatales y cuanto más ruido causaban, más gozaban.

Dentro de sus escasos tiempos estaban enfrascados en marcar al máximo sus presencias.

Esa estrechez bulliciosa me quitaba libertad para emprender virtuosos pensamientos.

Y ser el afamado autor que fui hace seis siglos, cuando desafiaba a los necios a través de intransigentes llamadas a que examinen a algunos de mis textos.

En los que hacía una revisión profunda de lo que hasta entonces se había tenido como cierto.

Valeria y sus niños habían logrado dilapidar mis ánimos.

Parecían querer contradecirme con su exuberante irracionalidad.

La paz doméstica había sido rota por la superstición y una artificiosa intolerancia.

Y si bien no me interesaba lo que pasaba a mi alrededor, eso no me impidió hacer gestos poco complacientes:

La trama de mi largo ambular me indicaba que no se encontraba en la sede de su señorío quien, al sentarse en su trono, calla.

Debía actuar para ejemplificar a ese mínimo presupuesto.

## II

He visto a Atila cabalgar en su caballo de montura morada.

Y no era un perverso criminal sino un hombre pequeño que desconfiaba

del lenguaraz romano.

Y estaba decidido a iluminar al sector del mundo en que se hallaba, pisoteando al resto.

Su largo pelo casi llegaba al piso, y bailaba con furor con todas las muchachas hasta que al promediar el alba se reponía con algunas horas de sueño.

Su gran energía era utilizada para salvaguardarse del asedio de sus rivales y disfrutar de la vida sin asociarse al ascetismo.

Solía meterse en máximas dificultades y lograba salir sin quedar herido ni enfermo.

Era el más valiente y nunca se declaró vasallo o leal a alguien.

Tenía la cara ancha, abierta y brutal.

Su entusiasmos y deseos de ir a la guerra hacían marchar por esos senderos a los suyos.

Su biografía quedó deshecha en el infinito que nunca se diferenció de la ambigüedad.

Su sustrato mítico pasó a ser una presencia concreta dentro de la nación magyar.

Por entonces el mundo sufría una separación tajante entre los ciudadanos de Roma y los bárbaros de las estepas.

A la humanidad nunca la podríamos entender como un todo coherente, por el contrario, siempre se trató de un conjunto de divisiones.

El mundo real siempre fue una confrontación entre contrarios:

Para que se puliera cualquier evolución se requirió impresionantes cantidades de refutaciones y controversias.

Sin esas esenciales pasiones todo se perdería en lo apocado.

Ahora, en ésta Fortaleza de verano evocó al huno.

Y digo que mantuvo la prudencia de los que victoriosos cabalgaban.

Los que afirmaron sus fundamentos sobre las rocas.

Los caminos eran recorridos por los individuos, pero los efectos de sus marchas fueron la destrucción de los horizontes que se tejieron con anterioridad.

El andar a caballo obligaba al hombre a mantener el equilibrio.

Y lo impelía a evitar las necedades de los que se dedicaban a parlotear.

Así se hacía uno solo con la bestia y esa unión morfológica creaba a un ser irracional.

Atila nunca se confundió en sus valores.

Y arrasó con muchas naciones debido a que éstas ejercieron sobre él una atracción emocional irresistible.

Lo hizo desde el desdén, pero siguiendo a su más significativa pasión.

Yo lo comprendí sin tener que polemizar con los clérigos.

¡Yo que, a diferencia de él, había multiplicado mis trabajos pintando las letras de ostentosas filosofías!

Su gloria no fue matar (aunque lo hizo cuantiosamente) sino robar, lo que lo convirtió en un caballero.

Había hecho que la sociedad romana se recluyera en sus ciudades con palpitantes harapos.

Y bien merecía el título de Caballero quien cumplía con las leyes, aunque éstas estuvieran totalmente falseadas.

Porque la ley era el artilugio que obligaba a los otros a considerar a su autor como la única fuente válida de poder.

Las leyes no eran más que el aprendizaje dictado por la clase dominante de lo que quería que se hiciera.

Y como caballero condujo a los suyos a expandirse sobre amplios círculos de destrucciones.

Poniendo sobre sus hombros a una soberbia responsabilidad por el fuego que sembró.

Para hacer esos descalabros no pidió asesoramiento a nadie:

Ya que ningún fuego es distinguible de otro por las señas que se hicieran

por detrás de las llamas.

Valeria me ha manifestado quejas que son muy antiguas:

Errores que cometen los que se erizaron demasiado con la realidad.

Y perdieron las perspectivas naturales y los ejes centrales del tiempo.

Abordó muchos temas.

Me dijo que Agustina ha detectado benignamente sus carencias, y la había incluido en su turbadora estadística.

Me denunció a través de fragmentadas frases que en verdad fueron una mezcla de clamores y gemidos sordos.

Temáticas que no tenían orden ni alcanzaban una forma que tuviera alguna aplicación.

Desde el siglo VI no me hablaba una mujer así, cuando una me atascó en un mercado de Bizancio con una expresión insolente en su rostro.

(Le había respondido que ni el tiempo ni la muerte condicionaban mi libertad).

Yendo al grano, esas palabras de escaso nivel fueron concebidas para destruir mi prestigio.

O para envenenar las aguas del pozo que bebo.

Y destruir a mi patrimonio que no he derrochado y con el que jamás he sido avariento.

Tumultuosamente, mi mujer había perfeccionado el viejo arte de la charlatanería al hablar de cosas que no tenían gravitación.

Se había excedido en su consideración de cuáles eran los hitos de la existencia.

Tramó maquinaciones a las que no había que prestar atención por más de dos minutos.

¿Cómo superar esos sobreactuados artilugios femeninos sin arriesgarse a perder al sentido común?

Desde mi estoico lugar he notado el avance y retirada de periódicos chismes que creaban novelas en miniatura: marcaban estigmas y

censuraban al éxito.

Estos llamaron a desmoralizar, agotando a lo pragmático para reemplazarlo con inciertas opiniones.

Como Atila, esas lentas infamias calcinaban las hierbas que tocaban.

Eran dramáticas y vitales al asumir que pondrán todo en regla.

Por entonces no supuse que sería para mí una justificada prudencia pedir apoyo al hombre que se había preparado para obedecerme:

Aquel que era la contracara de la ética horripilante que había desperdigado mi mujer.

Pese a ser una persona que no está afectada por las torturas del tiempo, había tenido que soportar por mucho tiempo a esas oraciones blasfematorias que me enemistan con la paz.

Llegaba a un hogar enardecido y era sorprendido en mi buena fe.

Los ensayos y exploraciones que Valeria hacía de esas mentiras tenían la intención de darles un carácter general para que sirvieran como fundamentos últimos.

Quería que ocurriera el milagro de que el panorama quedara en ruinas.

Las mujeres daban voz a falsedades.

Y creaban caballerizas donde antes sólo había castillos.

Sus historias no tenían precisión, pero eran inmensamente ricas en detalles.

Después de todo, el existir era mentir que uno no se moría.

Cada persona razona que es el centro del mundo.

Y para fortalecer semejante patraña, crea rumores como bases sólidas para destruir los egos de los otros.

Los rumores son medidas de su insatisfacción:

Quejidos que se confunden con gozos que en apariencia no tuvieron autores ni nadie que promoviera su crecimiento.

Es dar vida a lo que estaba del otro lado de la frontera, en la imaginación.

Ya no respondo a insensatos escarnios.

Ni me interesan los entusiasmados versículos que pronuncian labios ávidos en denigrar.

Por mi personalidad evitó caer en inconsecuentes discusiones.

Pero tanto en Sevilla como en Cambridge se habla de más... y del desconocimiento de lo real se nutren las mentiras.

Y el prestigio del charlatán consiste en que los demás creyeran en lo que no existe.

Me cansé de rotar por ese teatro de vilezas, de ser obligado a padecer por lo temporal.

Y oír las insensatas provocaciones de mi mujer.

La vida y la paz habían sido trocadas por lamento lleno de efervescencias.

Estaba harto de estabilizarme en un sitio para que la historia se vuelva a repetir y ver como los fríos condenan a los pájaros a muerte.

El verlos caer en una perpetua caída era algo que me estremecía.

He tratado de ser paciente y estar en paz, pero hay un respirar preocupado debajo de mi sonrisa.

He esbozado gratamente lo bueno que era necesario hacer.

¿Ha sido suficientemente solemne esta introducción?

Me he convertido en interprete de lo mortal al moverme al compás de una época que intentaba ponerme en duda.

Pronto haré una pausa sin sugerir avaricias o que me marchó al destierro.

Mañana partiré a Buenos Aires.

Y he pedido a Guillermo Torquemada que se hiciera cargo de mi casa.

Y no diera a nadie permiso para salir para dar vergüenzas.

Porque él era el contraste con el tono gris de las brumas.

En ese momento vi como sus labios se fueron dilatando en una sucesiva progresión.

Evocó un lugar abandonado, otro siglo, y a un signo opuesto.

Y su rostro se iluminó por una intempestiva pasión afín al orgullo.

Había aplazado sus planteamientos con sensatez hasta llegar a ese momento en el que al fin le reconocía a su sabiduría.

Y su coraje para tomar decisiones.

Hasta ese instante no me había mirado con descreimiento, sino con paciencia.

Desde que lo contraté, había visto reflejado en sus pupilas a mundos de lejanos ideales, grandiosos valores.

Y a la distinción que poseen los fanáticos de la pureza que no se dejan corromper por las leyes ni los dineros.

En un punto Guillermo creía en la devastación, pero también en el espíritu de la quimera.

No conocía la perpetua contradicción de los simples que jamás enmarcaron a sus vidas en contextos distintos.

De los que creían que la muerte era el merecido destino de sus negligencias.

A Guillermo sólo le importaban los dogmas que contribuían al refinamiento de su carácter.

Se impulsaba más allá de los enunciados primitivos.

Y la fidelidad absoluta hacia mí era lo que él entendía como la única Verdad.

Lo que lo redimía de las noches sin lunas y de las insistencias de los minutos de invocar a las horas.

Porque cualquier otra cosa no le conllevaba enriquecimiento.

En ese momento se produjo el hado fatídico de la iluminación.

Poco a poco comprendí que él era otro Mensajero que había recibido el encargo de desdeñar las transiciones de los siglos junto con sus acuciantes promesas de muerte.

Tal vez había surgido de otro confín del mundo, de tierras sin verdores y llena de aridez.

Pero mantenía el ansia puro: al encendido canto de las hordas bárbaras que destruyeron a Roma.

Había pasado por todos los mercados del orbe sin dedicarse al comercio.

Y su desmesurada vida pasó a tener un santo designio en España.

En donde había cometido el error delicado (o la fructífera señal) de darse conocer.

Guillermo era uno que como yo que no era verificable a simple vista.

Y andaba dentro del tránsito corriente del mundo haciéndose el distraído.

Sin desviarme con complicaciones entendí que los sueños de ese hombre dependían de un número imposible de abarcar.

Y que se había independizado de la fragilidad.

Y como en mi caso a su aplastante condición nadie la podía poner en duda.

Guillermo mantenía lo puro que hay en las grandes almas por haber resistido a las catástrofes que rebasaron los límites de las edades.

La forma en que se movía era ardiente evidencia de su implicación en el Proyecto.

Sabía que la liberación estaba por venir.

Con voz pausada ironizó la situación de Valeria como la de una mujer que debía serenarse.

Había penetrado en la hondura de mis preocupaciones.

Entonces sentí mucha inspiración y repetidos pensamientos me dijeron que se estaba acercando la gran Obra:

Cuando los hombres vencerían a la debilidad originaria.

Esa sorpresiva revelación hizo que desdeñara más las críticas que me había hecho Valeria.

Y en una osada manera me tranquilizó.

Había puesto al mando de mi Casa a alguien que no era extranjero.

Y cuya hombría de bien era uno de los aspectos superiores de los que contemplaban al Todo.

Los que no íbamos a un exilio, sino que regresábamos de la apoteosis.,

Con escaso aliento y fuertes latidos en mis sienes, había comprendido que ese hombre también era un inmortal cuyas miserias eran eternas y el amor su más bello egoísmo.

Guillermo era un actor imprescindible para la historia, aunque sólo yo lo reconociera por el árido fulgor que tenían sus pupilas.

Ambos éramos responsables por mantener al arcano orden.

Y no dejar que fuera despojado de su contenido.

Si bien de afuera parecería que fuéramos opuestos (yo el patrón, él la servidumbre), compartíamos al minucioso concepto de la virtud.

Más allá de las situaciones históricas o legendarias desdeñábamos a las agonías, y no teníamos a la muerte como un caudal liberador.

Habíamos sido arrojado sobre la tierra para traspasar los tiempos, y mantener viva a la gravitante Propuesta.

No estábamos abandonados en el mundo.

Por el contrario, cumplíamos con insustituibles vigiliias a través de un mecanismo de inmunidad que a otros les sonaría mágico.

Nos cuidábamos de los crímenes y traiciones que los otros quisieran acometer en nuestros perjuicios.

Y no nos reunía las mediocres tratativas impuestas por la modernidad, sino los pasados espléndidos.

Los que no se habían sumido en el silencio, sino que estaban vivos en nuestras voces desde las mañanas hasta que cayeran las sombras vespertinas.

Había encontrado en Guillermo Torquemada un aliado capaz de reconocer los términos más remotos.

(Los que no eran factibles o recomendables de saber para las personas comunes).

Las glorias que sobrepasaban a los susurros efímeros.

Espero que mantenga intactos mi jardín y sus fuentes.

Y no se le ocurra reiniciar los insaciables rumores del fuego.

Que no evoque al cansancio ni a un pasado mejor para denostar a lo que en forma constante seguía siendo real.

Qué ningún retorcijón en su memoria lo llevase a emprender exorcismos.

(Porque los duelos con los demonios de antaño son temas que pasaron de moda o se entregaron a una chistosa fugacidad).

Qué no quiera poner ejemplos.

Y se limité a lo concreto y fechado de sus tareas de limpieza.

Que no quiera imponer anhelos y frustraciones de acuerdo a sus caprichos impasibles.

Qué no imagine la existencia de herejías, ni crea que las hogueras todavía son necesarias para preservar la fe.

Que no altere al curso natural de los días ni el de las secuencias de horas.

Y sobre todo que no quiera castigar a las odiosas proclividades de las mujeres.

Me voy a realizar mis tareas administrativas a Buenos Aires, feliz al saber que las sagradas instrucciones permanecen bien guardadas.

Y de dejar al frente a quien no tropezará con el chismerío o cualquier otra de las rigideces que hay en el mundo.

Fin

